

TESTIMONIOS >> VI FESTIVAL HISPANOMERICANO DE ESCRITORES

Entre el 23 y el 28 de septiembre de 2024 se realizó en Los Llanos de Aridane, La Palma, Canarias, el VI Festival Hispanoamericano de Escritores, organizado por la Orden Galdosiana de La Palma, con el Ayuntamiento de Los Llanos de Aridane, el Cabildo Insular de La Palma, el Gobierno de Canarias, la Agencia Española para la Cooperación Internacional y el Instituto Cervantes. Al mismo asistieron alrededor de 25 autores venezolanos. En la programación destacó el homenaje realizado a José Balza. A continuación se ofrecen testimonios de algunos de los asistentes



ANA TERESA TORRES, JOSÉ BALZA Y VALERIE MILES / @VASCO SZINETAR

Blanca Strepponi

Tantos días de felicidad

Para mí, que nací y crecí en una megalocidad, a donde regresé después de mi vida venezolana siendo más que adulta y donde seguramente terminaré mis días, resignada ya a vivir lejos de la experiencia del paisaje natural de Venezuela... Pues, para mí, fue sin duda un regalo estar en una pequeña ciudad tan hermosa, de clima amable, rodeada de montañas verdes y todo bañado por esa luz... ¡Esa luz! Claro que sí, algo familiar resonaba en mi interior. Dije comentando una foto: ya sé por qué los canarios se sienten tan cómodos en Venezuela, porque la luz los hermana.

Esa luz generosa emanaba también de las personas que nos recibieron. Recuerdo estas palabras: no podemos dar la bienvenida a quienes están en su casa. Me conmovió el profundo vínculo entre Canarias y Venezuela. Es tan auténtico el afecto que muchas veces el silencio suplía las palabras. Con cuánta delicadeza fueron evitadas expresiones condenatorias, por cuidar de los venezolanos que regresaban a su país.

Así pasamos una semana, al aire libre, en una plaza llena de árboles sorprendentes, asistiendo a las mesas y lecturas, hablando de literatura, de libros, de cosas muy serias y de otras banales, por el placer de compartir el simplemente estar allí, conversando con los viejos y con los nuevos amigos, todos entrañables.

También tuve la suerte de leer en un liceo ante un grupo de atentos adolescentes, alumnos de un sabio profesor de lengua quien los guiaba hábilmente por las aventuras y ansiedades de la literatura.

Y algo para pensar desde el corazón: una gran amiga, cuya inteligencia siempre he admirado, me señaló la posibilidad de un distanciamiento entre los venezolanos de adentro y de afuera. Porque quienes estamos lejos, cuando hablamos de la situación tan difícil de quienes viven en Venezuela, quizá estemos hirviendo su sensibilidad. ¿Por qué? Pues porque allí millones y millones se esfuerzan por salir adelante con dignidad, educan a sus hijos lo mejor que pueden, trabajan y se cuidan unos a otros, hacen su vida. ¿Cómo hacer todo eso, cómo guardar sus fuerzas, si no evitan sentir que están hundidos en la oscuridad?

Por último, una experiencia única: la visita al Observatorio Astrofísico del Roque de los Muchachos donde fuimos guiados por los científicos del Instituto de Astrofísica de Canarias. Allí estábamos, en Canarias, noroeste de África, lo más cerca que estaré en mi vida del Sahara, a 2400 metros de altura, en tierra de telescopios, un escenario completamente *Sci-Fi*. Por encima de las nubes, inmersos en un cielo impecable cuya pureza es protegida por ley, se extienden numerosos telescopios plateados, con espejos incrustados, delicados como arañas. ¡Estábamos nada menos que en uno de los tres lugares del mundo desde donde mejor se observa el universo!

¿Cómo no estar agradecida? Fueron muchas, muchas, las personas e instituciones involucradas, pero en el límite de este espacio, solo podré mencionar a J.J. Armas Marcelo, Elsa López, Nicolás Melini y Montaña Pulido. Gracias de nuevo.

Juan Carlos Chirinos

Suerte y prosperidad

El traductor Ryukichi Terao me dijo que su nombre significaba algo así como suerte y prosperidad (pero creo que esto me lo he inventado): en ese momento —estábamos bebiendo *whisky* japonés en la hermosa terraza del hotel, desde donde Los Llanos de Aridane se mostraba no solo generoso, sino pleno de estrellas, porque el cielo en La Palma es perfecto— me pareció el nombre adecuado para lo que habíamos estado viviendo en los días anteriores y lo que viviríamos en los que restaban del VI Festival Hispanoamericano de Escritores, este año dedicado a Venezuela y organizado por la Orden Galdosiana, esa gran idea de la alegría y el amor al saber: tenemos *suerte* por juntar a tantos amigos que hace tiempo no veíamos y disfrutamos de *prosperidad* por los buenos augurios que, en conjunto, todos estos escritores juntos significan: nacidos entre 1939 a 1982, por lo menos, representan casi medio siglo de excelente literatura: poetas, novelistas, cuentistas, ensayistas y biógrafos; muchos de ellos premiados, muchos de ellos con una obra muy sólida y todos ávidos lectores.

Venezuela cuenta, ahora mismo, con dos o tres generaciones de escritores de altísima calidad y allí quedan los videos en YouTube para constatarlo: toda una demostración de que nuestro país es algo más que la aciaga vida política y que el mundo sigue más allá, palpitable e indetenible. Solo puedo sentir gratitud por haber estado entre ellos, presenciando imágenes que no volverán a repetirse. Todo lo que vimos y oímos da para una gran crónica literaria a la altura de un Yliá Ehrenburg, y seguramente anda por ahí, en cuadernos, en computadoras, en cámaras que alguna vez el mundo conocerá.

Los escritores venezolanos solo podemos sentir agradecimiento por J. J. Armas Marcelo, Nicolás Melini, Pepe Esteban, Elsa López, Ernesto Pérez Zuñiga, Ryukichi Terao y todos aquellos que se han interesado por nuestra literatura, siempre dispuesta a cruzar fronteras, cosmopolita y local, celosa y generosa al mismo tiempo.

Larga vida al Festival Hispanoamericano de Escritores —y que todos lo veamos.

Antonio López Ortega
Revivir en La Palma

La Venezuela democrática de fin de siglo solía importar programación cultural foránea más que exportar la propia. Esto es, era más común ver una exposición de Bacon en el Macci que apreciar una de Soto en el Pompidou. El argumento de peso era facilitarle al ciudadano de a pie la cultura universal, con acento puesto en la contemporánea. Hoy en día solemos criticar lo que pudo hacer el Conac como institución regente, pero hay que recordar lo que significó erigir veintitrés fundaciones de Estado para vertebrar las políticas de la nación. En el campo literario bastaría mencionar tres eventos finiseculares que permitieron la reunión de escritores venezolanos y la proyección de nuestra literatura: en 1991, un simposio sobre cultura y sociedad convocado por la Universidad de Brown gracias al esfuerzo de Julio Ortega; en 1995, la Feria del Libro de Guadalajara elegía a Venezuela como “Invitado de Honor”; y en 1996, gracias al profesor Karl Kohut, un encuentro de intelectuales y creadores venezolanos en la Universidad de Eichstätt, presidido por los ya fallecidos Salvador Garmendia, Eugenio Montejo y Denzil Romero.

Bastó pasar al siglo XXI para ver la ruina y los despropósitos de las políticas públicas en cultura: la ideología raptaba cualquier noble empeño. En el campo literario, el adoctrinamiento de Monte Ávila Editores, la confiscación de la Biblioteca Ayacucho, el secuestro del Premio Rómulo Gallegos. Los escritores se quedaban sin papel, sin libros, sin editoriales, sin imprentas, sin talleres literarios. Dos décadas perdidas sin medios para..., pero la creación literaria sí se ha sostenido, con generaciones de poetas y narradores que no desmayan, que recurren a la tradición para fortalecerse.

Cuentan los organizadores de este VI Festival Hispanoamericano de Escritores que, cuando mencionaron ante las autoridades canarias la palabra Venezuela como país invitado, la reacción fue unánime: no hay diputado, concejal o alcalde palmero que no recuerde a los parientes que, en los años 50, se refugiaron en Venezuela para salir de la pobreza y hacerse un futuro. Esta herencia es la que ha hecho posible que se reunieran en los Llanos de Aridane durante una semana veintidós escritores venezolanos provenientes de Venezuela, España, México, Ar-

gentina, Francia y Estados Unidos.

Este primer encuentro de siglo que ya devora su primera cuarta parte, entre mesas y foros, plantó un hondo reto a los propios participantes: ¿son distintos los que se fueron a los que se quedaron?, ¿ha crecido más la poesía y menos la narrativa?, ¿hemos perdido en cuanto a ventas nuestro mercado natural?, ¿qué significa publicar sin público lector?, ¿los referentes narrativos deben beber obligatoriamente de la crisis del país?, ¿los que ya han doblado su edad se sienten más próximos al país de llegada?, ¿los que están en el extranjero pueden medir el dolor de los que se quedaron?, ¿puede un escritor exitoso desentenderse de su par?, ¿el escritor de afuera terminará por olvidar lo que considera un lastre?

Entre volcanes y observatorios, La Palma nos ha ofrecido un espejo sinuoso que ya nos está retando. El dilema que tenemos es insondable: cómo seguir siendo los mismos cuando el paisaje, la tradición o la conciencia van derivando hacia otros derroteros. O los palafitos de la Pequeña Venecia se hunden en el barro o un viejo canto de lavanderas vuelve a exigir “dame razón de mi ser, mira que se me ha perdido”.



IGOR BARRETO / ©LISBETH SALAS

Igor Barreto

Fui testigo del VI Festival Hispanoamericano de Escritores. Ir de viaje a un Festival como este, en la isla de La Palma, fue sobre todo un encuentro con lo originario. De pronto me convertí en testigo de unas puertas, de unas callejas, y unas ventanas paracrónicas, que me parecieron el

espejismo verdadero de ciudades venezolanas como Calabozo, en el Edo. Guárico, o la ciudad del Coro colonial. Resultaba imposible escapar a la utopía de un país perdido y re-encontrado. En ese espacio ocurrió una conversación entre venezolanos migrantes. Es que ya no somos

sino eso. No podría regatearle nada a la madurez del diálogo de nuestros últimos narradores. Sentí en ellos una destacada conciencia estética. La misma intensidad existía en los poetas invitados. Los palmeros quieren más a Venezuela que muchos de nosotros.

Francisco Javier Pérez
Nuestra literatura

Más allá de los egos y las egolatrías, males endémicos de nuestra literatura, el “VI Festival Hispanoamericano de Escritores”, celebrado hace un par de semanas en la ciudad de Los Llanos de Aridane, en la isla de La Palma, dedicado en esta edición a Venezuela, propició el milagro de la fraternidad y el prodigio de la solidaridad.

La polifónica reunión hizo convivir con no poco virtuosismo a voces ya consagradas de nuestra literatura, con otras de medio trayecto o de prometedora gestación. De los histriones literarios, esos que con tanta agudeza refería el gran Poe, no hablaré.

Los anfitriones, esos magníficos escritores “españoles y canarios” que por ventura no “contaron con la muerte”, como reza en el triste de-

creto de nuestro padre patrio, dueños supremos del arbolado jardín (nunca terminaremos de comprender que la fiesta verdadera ocurría debajo de los centenarios Laureles de Indias, corona umbrosa de nuestras esperanzas), condujeron nuestros oficios con los mejores de ellos.

Ningún acuerdo previo orientó los viajes al corazón de nuestras actuales tinieblas; estas que acompañan inexorablemente a todos los venezolanos del presente. El recuerdo de las cumbres más altas pudo aminorar la marcha a los abismos. Amor y dolor como constantes de la semana venezolana de La Palma que hizo ver que es posible respirar aire puro en estas islas Canarias que llevamos en el corazón de nuestras luces permanentes.

Nos faltan palabras para agradecer a nuestros hermanos insulares por permitirnos estos días de feliz convivencia en donde cada uno a su manera revivió ese país literario que fuimos y en donde cada uno según su personal hermenéutica soñó con la curación del país enfermo que somos. Signos del ayer que crearán los símbolos del mañana.

Parafraseando a Luis Cardoza y Aragón, diré que no amamos nuestra literatura por grande y poderosa y no dejamos de amarla por débil y pequeña o por sus nieves y noches blancas o por ser todo un diluvio solar. Amamos nuestra literatura porque es la nuestra. Amar nuestra literatura y comprender el dolor venezolano que ella refleja han sido los saldos mayúsculos de este precioso festival.

TESTIMONIOS >> VI FESTIVAL HISPANOSMERICANO DE ESCRITORES

Silda Cordoliani
Días canarios

Todo venezolano ha oído hablar de las islas Canarias, aunque tal vez los canarios (o isleños) no sean los españoles más representativos entre nosotros, no como los gallegos, por ejemplo. Sospecho que la razón es muy sencilla: su dejo, más caribeño que peninsular, se acopló al nuestro tan rápidamente que muy pronto comenzamos a percibirlos como otros compatriotas más.

Sabemos que las islas Canarias son parte del territorio español, pero olvidamos con frecuencia su posición geográfica: un grupo de islas del Atlántico que se encuentran en el noroeste del continente africano. Tal como me sucedió hace más de 30 años cuando visité Tenerife, lo que más llamó mi atención de La Palma fue su paisaje vegetal, completamente exótico a mis ojos. ¡Y cómo no!: me hallaba en África, en una isla volcánica y frente a las arenas del Sahara.

Una muchacha rubia de ojos azules conduce durante uno de nuestros traslados, se llama Guayarmina, así como una princesa guanche nacida en Gran Canaria en el siglo XV. Escucho su nombre y recuerdo a La Guaira, Guarenas y Guacara, a la guayaba y la guanábana, a las guácaras y guacamayas, y tantas, tantísimas otras palabras de constante uso en el Caribe que comienzan con “gua”.

A miles de kilómetros de distan-



SILDA CORDOLIANI / ©LISBETH SALAS

cia del estado Aragua, y también de las Canarias, la mamá de Marian me cuenta que allá, en Palo Negro, había una gran comunidad de isleños que terminaron imponiendo algunas de sus comidas y tradiciones. Que casi todas las muchachas del pueblo llegaron a tener un noviciado nacido en la Gomera, en Tenerife o en La Palma, incluso ella, agrega no sin cierto rubor. Luego encuentro esto: “... la primera y más importante empresa de producción agrícola del país, Agroisleña, fue fundada en 1958 por el gomero Enrique Fraga Alfonso en Palo Negro, estado Aragua”.

No solo se trataba de los muchos años sin vernos ni reinos juntos, sino de la primera vez que desayuná-

bamos y almorzábamos en cofradía, de la primera que obligatoriamente teníamos que vernos todos los días y a cada ratito, siempre sonrientes, además. Si celebrar la literatura venezolana fue una fiesta, esta fue una fiesta doble, porque también, sin darnos cuenta, estábamos celebrando que el afecto y la solidaridad se hubiera mantenido inalterable, a pesar del tiempo, la distancia y, por qué no, del dolor.

Así que es necesario dar las gracias por el enorme regalo que significó este reencuentro en un pedacito de África español. Las gracias a Nicolás Melini, a J. J. Armas Marcelo, y a todos los otros muchos anfitriones canarios que se esforzaron por darnos una semana de felicidad.

Juan Carlos Méndez Guédez
Todos fuimos isla

El abrazo fue en Canarias.

Tenía que serlo. Más allá de los datos, las cifras, el anecdotario, la relación de afecto entrañable que ha quedado entre los canarios y Venezuela es una historia viva que sigue caminando por las calles.

Una literatura dispersa, fragmentada y adolorida como la venezolana, hace mucho que no tiene oportunidades de reunirse, de dialogar, de cuestionarse. Por ese motivo, que una pequeña representación de lo que es una de las literaturas más prometedoras, ambiciosas y plurales de la actualidad haya coincidido en La Palma ha sido un verdadero lujo.

El Festival Hispanoamericano, uno de los más importantes de España, me hizo sentir de nuevo que el español es la casa grande de la imaginación, pero que existe una casa pequeña, algo derruida, incomunicada, a la que perteneceré siempre; una imaginación propia en la que escucho al fondo las voces de Teresa de la Parra, Ramos Sucre, Julio Garmendia, Luz Machado, Guillermo Meneses. Frente a la obra de estos autores, la miseria, la mentira, el mal, la represión, la perversidad de la dictadura se muestran en toda su pequeñez, en

toda su abyección como un accidente de la historia del que tarde o temprano saldremos renovados.

Ser venezolano ahora mismo es un dolor. Pero es un dolor que en la escritura se transforma en furia, en humorismo, en ironía, en palabra fogosa, en intención estética; y eso fue lo que vivimos esos días por los que siento una inmensa y renovada gratitud. La Palma nos recibió con generosidad, con avidez, con infinita ternura, y eso que todavía es una tierra que vive sus propias heridas por la destrucción que causó el estallido volcánico de 2021.

Las palabras del poeta palmero Ricardo Hernández Bravo, referidas a la reconstrucción que debe vivir la isla para superar su propia tragedia, creo que también son el espesor de las frases que Venezuela necesita en estos momentos: “Domesticar el volcán, plegarse a él. Utilizar sus mismos materiales para volver a apesentarse sobre ellos y reconstruir nuestros días hechos de brisa, sal y salitre. Y cuando la cicatriz de lava se enfríe, echar a andar sobre la carcajera del malpaís, y abrir nuevos trillos hacia nuestra lidia y nuestro relajo en los rumbos de siempre”.

María Beatriz Medina
Cruce de miradas

El recorrido palmero desde Santa Cruz de la Palma a los Llanos de Aridane en la Isla Bonita anunciaba un encuentro especial para la VI edición del Festival Hispanoamericano, organizado por la Orden Galdosiana de la Palma y dedicado, en esta oportunidad, a Venezuela. Ese tránsito fue, de alguna manera, la posibilidad de revisar acentos y paisajes que conectaban con memorias personales.

Los Llanos se convirtió en el espacio idóneo para intercambiar miradas y ciertas perspectivas sobre la literatura venezolana y su impronta hoy, dentro y fuera del país. Hacerlo junto a autores insulares y escritores venezolanos con los que mantenemos continua cercanía, muchos asentados en otras tierras, fue realmente enriquecedor.

Los poetas, narradores, ensayistas canarios y venezolanos convocados abrieron las compuertas de la reflexión en torno al quehacer de creadores de una literatura vertida por el mundo. Pero, en paralelo, se dio la posibilidad de unir voces literarias de esas dos geografías, hilvanadas por referencias a escritores emblemáticos de la tradición literaria venezolana como Teresa de la Parra, Ramos Sucre, Uslar, Adriano González o Rufino Blanco Fombona.

El recibimiento inicial por parte de –entre otros– José Esteban, José Miguel Jaubert y Anelio Rodríguez junto al querido Armas Marcelo y la entrañable Elsa López, convirtió el homenaje a Jerónimo Saavedra en un primer espacio de acogida para

los participantes en este encuentro con la palabra y el quehacer del libro y la lectura en esa tierra canaria tan cercana. La secuencia programática delineada por Nicolás Melini dio paso las intervenciones de Balza, Ana Teresa Torres e Igor Barreto después de un saludo de Rafael Cadenas en el que reivindicaba, una vez más, que *el lenguaje no solo le da su rasgo más indisoluble al hombre: también lo configura*.

Los temas en torno las vertientes de la escritura, sus géneros, edición y difusión orbitaban ya desde ese momento. Las perspectivas sobre la preeminencia o no de un género sobre otro, la condición intelectual que define la poesía, la bifurcación de la narrativa, la dificultad de editar en Venezuela y el trabajo titánico de las editoriales que insisten y persisten dieron pie a reflexiones de los participantes y dejaron abiertas líneas de investigación, que vale la pena tener en cuenta.

Al propiciar el encuentro literario de escritores canarios y sus voces con los venezolanos que nos quedamos en el país y los de la diáspora de varias generaciones de escritores – hoy muchos de ellos reconocidos con premios importantes– hicieron posible un cruce de mirada desde las dos orillas para abordar y reflexionar en torno a un quehacer literario que mantiene el impulso de la energía creadora en expansión de una tradición literaria que –hoy por hoy– no se define solo desde los límites de un país.

Michelle Roche Rodríguez
Una vida, las vidas: Ristra de poemas

Escasos ocho minutos usó Yolanda Pantín para sintetizar su obra el último día del Festival Hispanoamericano de Escritores en La Palma, durante el recital coral que tejía las voces de poetas venezolanos y españoles en homenaje a Elsa López. Pantín leyó seis poemas publicados entre 1993 y 2021 sin título ni pausa entre ellos, en un vaivén que iba de lo privado a lo público. Surgieron así las marcas indelebles de su literatura: la voz donde lo colectivo se vuelve íntimo y lo íntimo, colectivo; la palabra empeñada en señalar las imposibilidades del lenguaje y la absoluta ausencia de retórica. Surgieron como testimonio de una profesión de fe por la poesía y como testimonio de una colectividad que persevera.

En cuanto dijo “Miro el retrato donde no me reconozco”, el verso inicial de “Darregotipo de una desconocida” –título que no pronunció del poema en *Los bajos sentimientos*– comenzó a extenderse entre los convocados a la Plaza España de Los Llanos de Aridane la sensación de asistir a una liturgia. Una liturgia sin misa ni dios, para la que no era necesario entrar a la adyacente Iglesia de Nuestra Señora de los Remedios. El comienzo de la segunda estrofa de “El hueso pélvico” –“Voy al centro del país peyorativo”– vino enseguida. Luego apareció, sin anuncio, el hermano que es testigo del disparo al ciervo, –“Yo alcé el ar-



MICHELLE ROCHE/EDITORIAL ANAGRAMA

ma que llevaba / y apunté entre los cuernos”– y que presencia también la confesión de la persona presa de la violencia arbitraria: “he matado sin deseo”. Como toda liturgia, aquella tuvo también su “Epifanía”. Ocurrió cuando la poeta levantó la mirada y alcanzó a ver, en pleno mediodía canario, a la palidez abandonar los muros e intuyó, “junto a la oscuridad que se avenía”, lo más terrible: “sucedió en la única persona que éramos, / la negación de todo, / salvo del instante”. Fue entonces, minutos antes de que hiciera silen-

cio, y terminara el recital, después de una campanada furtiva que ni interrumpir el momento pudo, cuando comprendí qué mandato tan terrible el de una mujer cuando se sabe escogida para hablar por un pueblo.

Casi desnuda, la palabra de Pantín, eludió la vulgar grandilocuencia del petrorianismo imperante en Venezuela. Porque, si es verdad que perdimos un país dentro de nosotros, también es cierto que hay una poeta con el mandato de hablar por nuestros muertos, “los que nacieron a destiempo, sin ánimo / para acusar los golpes”.

Lena Yau
Subo a
La Palma

A mis canutos.

Los tercios malpaíses del origen, leo en *La piedra habitada* de Ricardo Hernández Bravo.

Y también: allí donde la infancia se alongaba.

Volver a La Palma es volver a mi lengua temprana, a los brazos huidizos de mi padre, a sus silencios, a sus aguas.

Veinte años sin ir y pisar el peñas-

co corazón como si siempre hubiera estado.

Tantos círculos como curvas para llegar a El Roque.

¿Cómo cuento / agradezco a La Palma sin desnudarme, apartándome de mí, desde afuera?

¿Cómo se explica que las venas se incendien de pertenencia?

Doble cuna, doble canto: mis países en un mismo punto.

Y la letra escrita y hablada de los mapas y los decires.

Almuerzo de arroz con tunos indios y queso de chamizo e intercambio cuidados magma: sorriba, jable, balango, terral.

Ver a mamá que viajó desde la que fue la octava para gozar del Festival.

Ver a la hermana de papá, mi tía,

reimmigrada, resemebrada, revuelta.

Comer frente al mar lapas y papas arrugadas, mirar el barranco, las plataneras, la huella del volcán más joven.

Abrazar, compartir mesa para un barraquito, volvernos a ver después de tanto tiempo, de tanta dispersión, de tanto reguero de páginas aquí y allá.

Escuchar a los poetas y temblar porque sus voces abren pasadizos que son como las galerías de agua que recuerdo.

Yolanda tan inmensa y mía en la vida que fue, en el jardín de Paya, en el corredor, en los juegos, en los árboles en las sombras con un poema hilado de muchos.

Igor el bello, subiéndonos a un

ochomil con su lapicito y un arrullo.

Elsa con habla larga, vigorosa, elástica, sabia.

Cada Ernesto y sus centellas, sus bosques, sus vientos en callejones, sus Héctor Lavoe.

Carmen y su cocodrilo con abanico. Vasco guiñándole el ojo a Marilyn y abrazando.

Adalber y su elegancia, sus cartas de navegación, su picadura dulceácida.

Blanca con versos cuando camina, cuando voltear, cuando mueve su mechón rosa.

Volver a Silda, a Antonio, a Nela, a Ana Teresa, a Yoli, el abrazo por fin con Slavko, descubrir la buenaventura de Alberto Barrera Tyszka, las risas con Carlos, Rodrigo y Michelle, el

compadre y el secreto en su mano, recordar las clases con Francisco Javier y Juan Carlos, admirar en silencio a José Balza y tantos nombres más.

Nicolás y Montaña tan grandes, tan dadores, tan puros, tan ellos.

Volver a mi raíz bifurcada y dársele a mi hijo.

(escucharlo hablar palmero)

Brindar en los ojos de mi cantera casi al completo, mirar a Joaquín y recordar su llanto por dejar Venezuela.

Yo me metía en el monte a llorar, chama. Todavía lloro, chama.

(y todavía no sabes decir chama, Joaquín, pero no importa porque el amor no entiende de acentos)

Jugar como antes con los rabitos de las lagartijas.

TESTIMONIOS >> VI FESTIVAL HISPANOSMERICANO DE ESCRITORES

Slavko Zupcic

Memorias de Okvals Cicpuz, alias Desiderio El Valenciano

Yolanda Pantin

Leer las señales

1. Pasan frente a mí los escritores que han venido de La Palma. Hablan de la erupción de un volcán y de la forma en que la lava ha modificado la geografía de su isla. Han vivido hace muy poco una situación terrible, pero han logrado sortearla con algo más que decencia: los palmeros son personas perseverantes, emprendedoras y estos que leerán sus textos hoy en el teatro Municipal de Valencia creen fundamentalmente en la literatura.

2. Quien va a un encuentro de escritores ha también de elegir un libro. No es una tarea fácil. Un libro, solo un libro, para que quede su lomo y su lectura como demostración de aquello que se ha hecho durante cinco días. No tiene por qué ser un libro de autor presente, ni siquiera de autor vivo, pero habiendo traído los librereros casi todos los libros de los escritores que han acudido al encuentro, lo más probable es que se trate de uno de ellos.

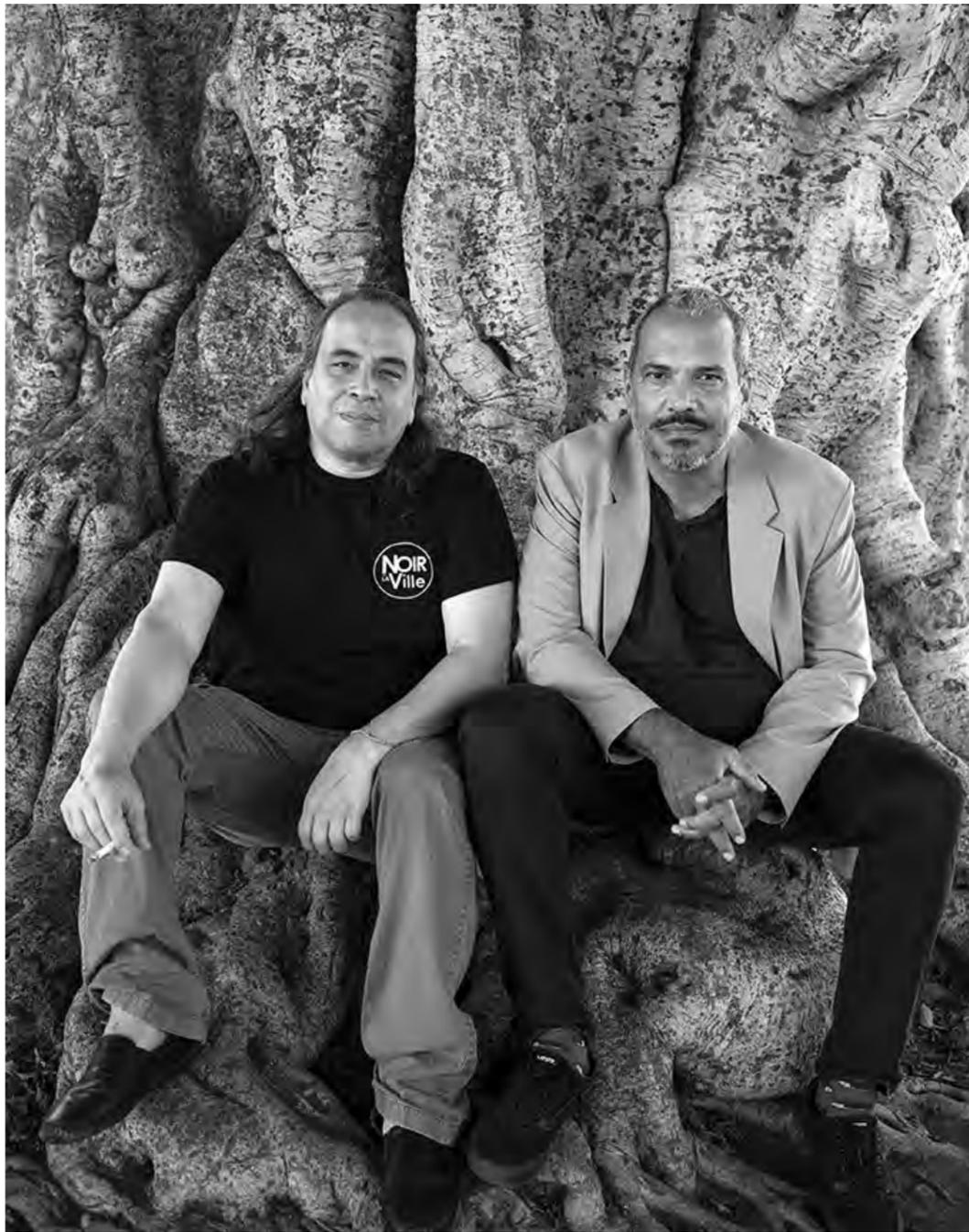
3. Les reciben Igor Barreto, José Balza y Juan Carlos Méndez Guédez. No sé si no veo bien o simplemente estoy muy cansado, pero creo que Igor lleva consigo varias jaulas de gallos que en la medida en que se acerca resultan libros.

4. Quien elige ha de pasar por encima de los afectos, también de los odios. Quien le abraza puede ser autor del libro elegido, pero también quien le ha negado el saludo. Este libro no tiene por qué ser el mejor, tiene que ser simplemente el libro de esta semana, quizá de este mes.

5- Qué bonita Blanca. La saludo rápidamente, sin poder abrazarla como hubiera querido, porque justo detrás de ella vienen Rodrigo Blanco, Juan Carlos Chirinos, Michelle Roche Y Carmen Verde Arocha. Aquí pasa algo que no termino de entender: ¿cómo es posible que yo no vea a esta gente desde hace tanto tiempo? Resulta inquietante. Mucho más si estoy comiendo queso asado en un bar en que toda la vida solo han servido cervezas.

6. Ay, un libro. Para elegirlo quizá hay que comprar veinte. Y leerlos, al menos ojearlos todos. También están los libros que se reciben como regalos y los intercambios. Los lee en la noche y en el día, en la plaza y a veces a escondidas en el bar.

7. Al rato despierto, por una carcajada de Armas Marcelo, y entiendo que no estamos en Valencia ni en Barquismeto. Estamos en La Palma y yo en breve he de acudir al homenaje de Ryukichi Terao, quien ha traducido *Doña Bárbara* al japonés. Se me ponen los pelos de punta de pensar que leerá pa-



JUAN CARLOS MÉNDEZ GUÉDEZ Y SLAVKO ZUPCIC / ©LISBETH SALAS

ra todos unas líneas de su traducción en la Plaza de España.

8. Se ha quedado con diez. Entre isleños y terráqueos. Cuatro de poesía, tres de cuentos y dos novelas. También uno difícil de encasillar, ¿degenerado? Lee y lee. No más tiene que ser uno, pero por qué. ¿Por qué no puede quedarse con los diez de esta criba y decidir

luego en cinco o siete años? “Porque no”, parece decirle Adalber Salas Hernández, sentado frente a él durante la comida.

9. Luego le mandaré a mi tía los plátanos secos que compré en el mercado. Se ponen a secar durante veintitún días, me ha dicho la mujer. Y, al despedirme, les daré un libro a Francisco y su espo-

sa a cambio de tres marcapáginas. Nos dimos todo lo que nos quedaba, incluso la promesa de volver.

10. Finalmente elige uno antes de subir al avión de vuelta. Cada vez que su mirada topa con el lomo del libro escogido no puede evitar conmoverse: en él está compendiado todo el llanto contenido a lo largo de la semana.

En algunas de las mesas de discusión que se dieron durante el desarrollo del Festival de Escritores Hispanoamericanos en La palma, pude reconocer las marcas o las heridas que nos han ido dejando a los venezolanos estas casi tres décadas. Para un grupo de escritores de mi país, el paraíso que conocieron es ahora el infierno. Cuando esa percepción se manifiesta, de inmediato pienso en mi madre, en mis hermanos, en mis hijos, en mi nieta, en mis amigos. Entonces, escucho una voz: “La separación estaba sobre la mesa, entre la taza de café y el vaso de limonada”. Con el primer verso del “Poema sin título” de Nazim Hikmet veo encenderse la luz que advierte una fuga o abrirse una fisura que, si no la atendemos, terminará separando a los que nos sentábamos juntos a la sombra de los Laureles de Indias en Los llanos de Aridane.

Las antenas de las que bromeaba con Adalber Salas, y que imaginaba como tentáculos cubiertos por una pelusa hipersensible, comienzan a moverse encima de nuestras cabezas. Antenas que buscan señales sobre la tierra como los grandes telescopios buscan señales en el cosmos. Encuentro la conexión perdida. Por su naturaleza, los pinos canarios son capaces de resistir a las peores catástrofes: incendios, ríos de lava..., pero en las orillas del océano, subiendo por las laderas, veo cientos de terrazas sembradas de plátanos y a las nubes que empujan los alisios, descansar en la Caldera de Taburiente.

De dónde viene el agua con la que riegan todo esto, pregunto como lo haría cualquier persona *pegada a la tierra*. Lo verde nace de un esfuerzo descomunal, escribe Ricardo Hernández Bravo en un pequeño libro único que me obsequió al despedirnos*. El poeta palmero me acerca al *malpaís* que dejó la erupción del Tajogaite en 2021. Ante los parajes yermos de las coladas, escucho la lección que entiendo desde mi experiencia en Venezuela.

Al festival fuimos varios de los que hacemos vida en el país, y es obvio que nuestra percepción de la realidad es diferente a la percepción de los que tomaron la decisión de irse. Estas diferencias con todos sus matices deben ser exploradas y comprendidas a la hora de analizar las posibles rutas que puede tomar la producción literaria de los venezolanos.

**Vivir sobre el volcán*. Ricardo Hernández Bravo y Coriolano González Montañez. La Gallofa Cartonera, Isla de la Palma, 2022.

La odisea de “La Elvira”: cuando los españoles emigraban a Venezuela

El que sigue es un fragmento del reportaje publicado el 14 de abril de 2018, en NuevaTribuna.es. Habla de las adversidades y peligros que sufrían los emigrantes canarios que cruzaban el Atlántico para llegar a la tierra de promesas que era Venezuela

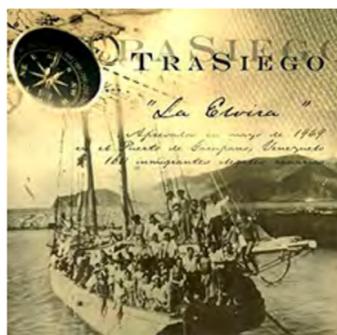
CARLOS SUASNAVAS

Esta historia empieza en la Semana Santa de 1949, cuando un centenar de personas se escabulleron por el muelle de Las Palmas y embarcaron en varias canoas. En su mayoría eran campesinos de Gran Canaria, que en ese tiempo y con suerte habían podido vender sus tierras y animales, y algunos hasta se habían endeudado con sus familiares para poder pagar las 4.000 pesetas que costaba el viaje.

“La Elvira” era una embarcación tipo goleta que el tinerfeño Ramón Redondo había comprado un mes antes por el precio de 250.000 pesetas. Se trataba de una goleta muy vieja que había pasado por varias manos, en su mayoría pescadores de la costa de África, y según decían, su construcción databa de hace más de 90 años. Era una embarcación centenaria.

Las canoas se dirigieron con los inmigrantes hacia la isla cercana de Fuerteventura, que es donde se hallaba anclada “La Elvira”, y apenas acababan de abordarla, cuando escucharon gritos y disparos provenientes de una lancha de la guardia civil. El capitán de “La Elvira” decidió no detenerse y desplegar las velas, era ahora o nunca. Gracias a esa maniobra temeraria del capitán, el grupo de españoles pudo seguir su travesía.

Las provisiones del barco consistían en patatas, garbanzos y gofio, que es una harina de cereal típica de las islas Canarias. Al amanecer, el dueño de la embarcación pasó lista y dio las primeras instrucciones en cubierta: “Somos 85 hombres, 11 marineros, 10 mujeres y una niña de 4 años. Las mujeres dormirán en los camarotes de popa y los hombres en la bodega. Traten de tener un puesto fijo para



no andar con peleas. Solo hay 20 platos y 20 cucharas”.

Los primeros problemas empezaron a darse nada más al salir de las islas, ya que Antonio Rodríguez, alias “El Puro”, fue el capitán encargado de sacar el barco de las islas, pero luego debía transferirle el mando a Antonio Cruz Elórtégui, quien demasiado tarde confesó: “Yo solo soy un perseguido político vasco. No tenía dinero, y ofrecerme como capitán era la única forma de embarcar”.

Obviamente cundió el pánico y la conmoción fue general, al punto que intentaron lincharlo, pero los cinco ayudantes de cubierta lo evitaron. “El Puro”, apodado así por su excesiva afición al tabaco, fue enfático y les dijo que “debían volver inmediatamente a

Canarias”, pero un pasajero llamado Regino Camacho armó un motín y con pistola en mano, le persuadió a que se hiciera cargo de la nave. Camacho era un exconvicto con antecedentes criminales, pero según los testimonios que recoge el libro de Gonzalo Morales, titulado *Fugados en velero*, este no era el único homicida, ni esa era la única arma que viajaba a bordo.

“El Puro” decidió navegar de frente hacia la salida del sol y solo utilizaba el reloj del dueño de la nave, Ramón Redondo, que por ser muy exacto usaban a modo de cronómetro y cada día miraban la hora al llegar el sol a su máxima altura para saber cuánto había avanzado ese día. Los pasajeros tuvieron que acostumbrarse a comer las patatas que se pudrieron debido a la humedad y los garbanzos que habían estado embotados desde hacía tiempo con gorgojo. El agua estaba estrictamente racionada a un vaso diario por persona.

Muchos nunca se acostumbraron a los mareos propios de la navegación. Como todos dormían en una gran bodega, siempre se levantaban mojados por los vómitos de sus compañeros, dormían unos encima de otros y se turnaban para que unos estuvieran en cubierta del barco y otros abajo, pues no cabían todos.

En medio del Atlántico una tormen-

ta estuvo a punto de hundirlos, pero la nave logró soportar el temporal. Eso sí, sufrió varios daños, de los cuales el más importante fue la ruptura del timón que fue arreglado por “El Puro”.

Habían navegado ya más de un mes y la moral de los inmigrantes estaba por los suelos, no sabían si su improvisado capitán alguna vez divisaría tierra o morirían en el mar, de hecho, el lugar al que arribaban ahora era lo de menos, lo que todos querían era desembarcar.

Descorazonados y para no deshidratarse, ya casi nadie subía a cubierta, pasaban casi todo el día en la bodega, donde solo cabían tumbados y apretados como sardinas en lata. Hacían sus necesidades tras unos tablones. Vomitaban unos sobre otros y pronto se llenaron de piojos. El ácido de los vómitos y el salitre del mar desgastaron sus ropas que pronto se convertirían en harapos. Con aquellos jirones, las mujeres hicieron compresas cuando se les presentó la regla.

Al amanecer del 22 de mayo, tras 36 días de viaje, alcanzaron el puerto de Carúpano, en Venezuela. Al llegar a la costa, famélicos, tras 36 días de calamidades, se lanzaron sobre una fruta extraña que olía a trementina y que pensaron que era venenosa, pero pudo más el hambre que el miedo a morir. Tuvieron suerte, esas frutas eran mangos. ☺